

COMPENDIO

DE

LA HISTORIA ROMANA.

TERCERA PARTE.

EL IMPERIO.

SEGUNDO PERIODO.

Desde Cómodo hasta Constantino. Edad oriental (193-324).

CAPITULO PRIMERO.

Desde Cómodo hasta Alejandro Severo (193-235). Príncipes Sirios (1).

Observábamos hácia el fin del periodo anterior que la España estaba en posesion de dar á Roma sus emperadores. Ahora este papel ha pasado á manos del Africa y de la Siria. Los sucesores inmediatos de los Antoninos, Séptimo Severo y sus hijos Caracalla y Geta son Africanos; Macrino, Moro, Ant nino, Eliogábalo y Alejandro Severo, Sirios. Durante el reinado de estos príncipes,

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR : Dion Casio cuyos extractos por Jilfilino llegan hasta Alejandro Severo, el año 229; Herodiano, sus ocho libros sobre la historia de los emperadores; en la *Historia de Augusto*, Capitolino ha escrito las *Vidas de Pertinax, de Albino y de Macrino*; Espartiano, las de *Didio Juliano, Septimio Severo, Pescinio Nigro, Caracalla y Geta*; los compendios son : *Eutropio, Aurelio Victor y Sexto Rufo*.

las ideas orientales invaden la política y la religión. El despotismo de los antiguos reyes persas se manifiesta en Roma con el mismo lujo y pompa que lo caracterizaban antiguamente en Asia. Los emperadores se hacen adorar, su palacio se llena de eunucos, y sus prodigalidades son excesivas. Eliogábalo da asiento á su madre en el senado, y coloca á su dios encima de Júpiter y de todas las demas divinidades del Capitolio. Este movimiento de ideas produce en la sociedad una transformación profunda que apresura su ruina. Este despotismo monstruoso ha de engendrar la anarquía, y este culto oriental consuma la disolución de las costumbres. Es el golpe mortal de la sociedad pagana, que en su última hora quiere representarnos todo género de vergüenzas y de infamias.

§ I. Desde Pertinax hasta la muerte de Séptimio Severo
(192-211).

Reinado de Pertinax (192). Helvidio Pertinax, oriundo de una familia oscura de Alba Pompeya en el Montferrato, enseñó al principio en Roma la gramática. No habiéndole parecido este empleo bastante lucrativo, se hizo soldado, llegó á ser centurion, prefecto de cohorte, y ganó la estimación y afecto de Marco Aurelio quien le nombró senador. Para elevarle al imperio, fue menester violentarle. El senado y el pueblo le acogieron con entusiasmo, los pretorianos fueron los únicos que tomaron una actitud indiferente y embarazosa, cuando proclamó en su presencia al nuevo César. Pertinax apaciguó su resentimiento por medio de doce mil sextercios que hizo distribuir á cada uno de ellos.

El nuevo reinado se anunció bajo los mas felices auspicios. Pertinax se mostró amable y benigno para con todos los ciudadanos, y se apresuró á reparar los males hechos al imperio por la brutalidad de Cómodo. Convirtió en dinero acuñado las estatuas de este príncipe bárbaro, hizo vender en pública subasta sus armas, caballos, vestidos de seda y muebles de lujo, recogió á sus favoritos todos los bienes que había usurpado, y empleó todas estas riquezas para pagar las deudas del Estado, y cumplir las promesas que había hecho á los soldados. El senado había recuperado sus derechos y sus funciones, las provincias estaban tranquilas, y los ejércitos de la Iliria, de Gália, de Bretaña y de Siria parecían conten-

tos. Pero los pretorianos temieron la prudencia del príncipe y se sublevaron para prevenir sus reformas.

Ochenta y siete dias despues del advenimiento de Pertinax, trescientos de ellos atravesaron Roma con la espada desnuda é invadieron el palacio. César con una palabra había calmado en otro tiempo á las legiones sublevadas. Pertinax asustó tambien por la fuerza de sus palabras á los sediciosos que venian á él. Ya principiaban á retirarse avergonzados y arrepentidos, cuando un Galo se avanza y le clavó su espada en el pecho. César, le dice, *hé ahí un presente de tus soldados*. La vista de la sangre vertida renueva el furor de aquellos bandidos: cortan la cabeza al venerable anciano, la colocan en la punta de una pica y vuelven á su campo á toda priesa.

El imperio en almoneda pública (193). Esta soldadesca furiosa puso el imperio en almoneda pública. Sulpicio, suegro de Pertinax, no se avergonzó de presentarse para comprar los despojos ensangrentados de su yerno. Otros ambiciosos le hicieron competencia. Didio Juliano, Milanés muy rico, excitado por sus amigos, se puso á pujar sobre todos los demas. En lugar de cinco mil draemas ofrecidas á cada soldado por Sulpicio, él dió seis mil doscientas cincuenta, y obtuvo la preferencia. Roma acababa por fin de encontrar comprador. El senado oyó al nuevo emperador alabar sus virtudes y la libertad de su eleccion, y le felicitó despues en los términos mas obsequiosos. El pueblo mostró mas nobleza y generosidad. Este vil mercado le apesadumbró, y no podía ver á Didio sin insultarle y aun algunas veces sin atacarle á pedradas. Cuando este príncipe salia de su palacio, había pendencias perpetuas entre sus guardias y los ciudadanos. Si distribuía dinero al pueblo, este rechazaba sus donativos gritándole: *No, no, nada queremos de tí*. La indignación iba en aumento. Un dia la multitud tomó las armas y se precipitó en el circo donde se encontraba Didio, renovando sus imprecaciones acostumbradas, y excitando á los ejércitos de las fronteras para que vengasen la majestad del imperio. Este grito resonó de uno á otro extremo del imperio y levantó una terrible tempestad.

Guerra civil. Entonces había tres hombres notables á la cabeza de las legiones. Clodio Albino mandaba los ejércitos de la Gran Bretaña, Piscinio Nigro los de Siria, y Séptimio Severo los de Iliria. Albino, natural de Adrumeto en Africa, había cultivado las letras antes de ejercer la profesion de las armas. Era un hombre austero, que á nadie perdonaba y dominaba á todos los scidados por el miedo. Al saber la muerte de Cómodo, había propuesto restablecer la república y entregar el gobierno del imperio al senado. Esta palabra conocida en Roma le había ganado el afecto de todos los senadores.

Piscinio Nigro nació en Italia de familia oscura, pero era valiente, elegante, amable y popular. En aquella época de decadencia estas cualidades eran una recomendacion : asi es que era amado en todas partes ; en Oriente le adoraban. Desgraciadamente había sido demasiado sensible á los encantos voluptuosos del Asia, y su alma se había enervado en medio de las delicias de Dafné, en el seno de todas las pompas y goces orientales.

El hombre hábil que había de triunfar de todos sus rivales era Séptimio Severo. Natural de Leptis en Africa, de una familia senatorial, era activo de cuerpo y de espíritu, violento é inexorable. Como se decia muchas veces, era *el hombre de su nombre* (Severus). Despues de algun tiempo observaba la crisis que agitaba á Roma. Cuando supó la muerte de Pertinax y la promocion odiosa de Didio, reunió á sus soldados, les reveló las torpezas de los pretorianos y les excitó á la venganza. Todos aplaudieron y le nombraron emperador. Escribió al momento á Albino, á quien estimaba, para prometerle el título de César, y sin inquietarse de Piscinio, á quien despreciaba, se adelantó hácia la Italia.

Séptimio Severo. Muerte de Didio (193). Cuando su ejército pasó los Alpes orientales por Aquilea, un indecible terror se apoderó de los Romanos. Los reinados pacíficos de los Antoninos habían hecho olvidar la guerra en Roma y en Italia, y Severo vino á acampar cerca de Interamno, sin encontrar resistencia. Durante este tiempo, Didio, abandonado por el senado, burlado por el pueblo, desamparado por los pretoria-

nos que temblaban al solo nombre de las legiones de Pannonia, fortificaba su palacio, y hacia fabricar armas en Roma; pero nadie queria servirse de ellas. Despues de haber intentado hacer que el senado declarase á Severo enemigo de la patria, fue á pedir á esta asamblea le asociase al imperio. El senado decretó su muerte, y ofreció el imperio á su rival y los honores divinos á Pertinax. Los asesinos enviados contra este miserable emperador le encontraron bañado en lágrimas y enteramente dispuesto á dejar el trono, con tal de que no le mataran : *¿ Qué mal he hecho? decia, ¿ he quitado la vida á alguien? Como dice Cantú, le fue preciso pagar con su sangre los sesenta dias de reinado que había comprado con su oro.*

Severo hizo venir á los pretorianos á su campo, les echó en cara su cobardía y perfidia, despues mandó á sus soldados les despojases ignominiosamente de sus vestidos é insignias militares, y les desterró á cien millas como traidores de Roma. El soldado legionario tuvo la dicha de saciar contra el pretoriano un ódio que alimentaba hacia mucho tiempo ; pero su alegría fue mas grande todavía cuando Severo declaró que la milicia que había destruido seria reemplazada en lo venidero por lo mas escogido de las legiones, y que en lo sucesivo el título de pretoriano seria una recompensa á la que solamente darian derecho los servicios y el valor.

Muerte de Piscinio Nigro (194). Habiendo sido acompañado este favor con un aumento de sueldo, Severo pudo desde entonces contar con la decisión de sus tropas. Se apresuró pues á atacar á Nigro, cuyas pretensiones al imperio no había reconocido. Antes de su partida se aseguró del senado, escribió cartas muy aduladoras á Albino, con el deseo de encadenarle por sus promesas, y cuando creyó que todo estaba seguro en las Galias é Italia, se puso en camino. Sus tenientes habían comenzado ya la guerra, pero no experimentaron sino desgracias. A su llegada la fortuna cambió de aspecto. Batió á un lugarteniente de Nigro en Cizica, y consiguió la primera victoria contra el mismo Nigro en Nicea en Bitinia. En seguida atravesó las cordilleras del Tauro, y alcanzó de nuevo

á su rival en Issus en el campo de batalla de Darío y de Alejandro. También entonces los hombres del Norte triunfaron de los del Oriente. Nigro dejó veinte mil muertos en el campo, y fue muerto por la caballería de Severo cuando se retiraba hácia la Mesopotamia. El vencedor prosiguió sus triunfos y sometió todos los reinos y provincias que habían abrazado el partido del vencido. Sus legiones triunfantes pasaron el Eufrates, aniquilaron á los habitantes del Osroeno y del Adiabeno, castigaron á los Arabes por su fidelidad á Nigro, subyugaron la Mesopotamia y arruinaron locamente á Bizancio, que era el principal baluarte del imperio contra los bárbaros (195-196).

Muerte de Albino (197). Sin embargo Albino, adormecido por las bellas palabras de Severo, no pensaba moverse en Occidente. Reconoció demasiado tarde que era juguete de vanas promesas y se quejó de ello con amargura. Sus soldados juraron vengarle. La Gália y la España entraron también en su contienda, y el senado le invitó secretamente á que pasase á Italia. La guerra era inminente. Severo acudió desde el Oriente con todas sus legiones y una parte de las de Nigro, y trató sin ningún miramiento á su nuevo adversario. Le despojó del título de César, que confirió á Basiano, su hijo mayor, le hizo declarar por su ejército enemigo público, y escribió al senado para que ratificase esta declaración. No se le ocultaba que Albino tenía en Roma un partido poderoso, y que no podía obtener esta ratificación sino por medio de una victoria. Cerca de Lyon fue donde se decidió la contienda á mano armada. La batalla fue terrible; Severo cayó del caballo, y se creyó que estaba herido mortalmente; pero al momento se levantó y obligó á su rival á que huyese. Albino fué á ocultarse en una casa inmediata al Ródano, en la que esperaba salvarse de las pesquisas de los vencedores. Habiendo sido rodeada esta casa, para no caer vivo en manos de sus enemigos, se atravesó con la espada según unos, y según otros se hizo matar por uno de sus esclavos.

Crueldad de Severo. Las represalias del vencedor fueron atroces. Pisoteó con su caballo el cadáver palpitante de Al-

bino, arrojó sus miembros á los perros desde la puerta de su tienda de campaña, y envió su cabeza á Roma con estas palabras: *Ved todos cómo trato al que me ofende.* Al principio había perdonado á la mujer y á los hijos de su desgraciado rival; pero después, aumentándose su furor, les hizo degollar y arrojar al Ródano. Todos los senadores y todos los nobles que habían defendido á Albino fueron enviados al suplicio. El *Sila púnico*, como le llamaban por alusión á su crueldad y á su nacimiento, entró en Roma á caballo, con traje de soldado, á la cabeza de sus tropas, distribuyendo al pueblo sus liberalidades, pero mostrándose indiferente y severo para con los senadores. El día siguiente se presentó en la curia, siempre escoltado por sus tropas, alabó públicamente á Sila, á Mario y á los triunviros por su crueldad, vituperó lo que él llamaba la debilidad de César, é hizo la apología de Cómodo, á quien llamó hermano. Los senadores temblaron, y con razón; porque este discurso extravagante fue seguido de un decreto que acusaba á sesenta y cuatro senadores de haber sido cómplices de Nigro y de Albino. Veinte y nueve fueron condenados á muerte, y los otros treinta y cinco consiguieron su perdón. El temor se apoderó de toda Roma, y Severo pudo contar con la sumisión del Occidente.

Sus expediciones á Oriente. El Oriente le oponía vivas resistencias. El partido de Nigro se había reanimado como también el de Albino, y los Partos rompieron la tregua que habían firmado el año anterior. Marchó pues contra ellos, pasó el Eufrates, se apoderó de Seleucia y de Babilonia, tomó á Ctesifon, después de un sitio largo y difícil, y pidió á Roma el triunfo, no por victorias manchadas con la sangre de sus ciudadanos, sino por conquistas hechas á los extranjeros (198).

Después de haber descansado algún tiempo en Siria, visitó la Arabia y la Palestina, degollando á su paso á todos los antiguos partidarios de Nigro y de Albino, y recorrió toda el Asia desde el Bósforo hasta el alto Egipto, apaciguando todas las revoluciones, arreglando el gobierno de las provincias, y mostrándose á la vez gran guerrero y hábil administrador.

Su gobierno. Luego que lo pacificó todo, fue menos cruel. Siguiendo el ejemplo de los Antoninos, sus modelos, protegió las artes é hizo ejecutar inmensos trabajos en todo el imperio. Sus miradas se volvieron principalmente hácia el Oriente, donde le atraian sus simpatías por el Africa, su patria, y las de su esposa Julia por la Siria. La bella y sábia emperatriz habia hecho venir á la córte á todos los hombres de talento que brillaban en Grecia y en Asia, y este movimiento intelectual influyó mucho en la política.

Séptimio Severo lo explotó en favor del despotismo. Siempre habia visto en el senado una asamblea de enemigos, y cuando se creyó bastante poderoso para combatirlo, le despojó insensiblemente de todas sus prerogativas. Confió todos los asuntos importantes á su consejo privado, se rodeó de legistas célebres, á quienes encargó preparasen todos los actos legislativos, y no consultó al senado acerca de todas estas leyes sino por pura forma. Los juriconsultos que eran entonces famosos, introdujeron en la legislación romana todas las ideas del Oriente, y el despotismo de los soberanos, que no existia mas que de hecho, se estableció muy luego de derecho.

Séptimio Severo apoyó este sistema por la fuerza. Compró y adoptó las tropas, aumentó su sueldo, multiplicó sus gratificaciones, permitió que se casasen los soldados, y de este modo hizo del ejército un poder político en oposicion con el senado. Desde entonces el imperio no tuvo ya libertad, su gobierno fue el despotismo militar. *Enriqueced las tropas, decía Severo, y no os ocupeis de lo demas.* El reinado de este príncipe fue floreciente, porque supo contener estas nuevas legiones que él mismo habia colmado de honores; pero sus sucesores debian sufrir mucho de esta democracia armada, y el imperio todavía mas.

Muerte de Severo (211). Cuando todas estas reformas fueron ejecutadas, habiendo hecho los Caledonios una invasion en Bretaña, Severo acudió con sus dos hijos Caracalla y Geta para rechazarlos. El viejo emperador, aunque gotoso y enfermo, persiguió á los bárbaros hasta en sus mas inacce-

sibles guaridas, y levantó sobre el istmo, entre el Forth y la Clide, una gran muralla para impedir sus incursiones. Habiendo vuelto los Bárbaros á tomar las armas, Caracalla excitó una revolucion en el ejército romano contra su padre con motivo de esta nueva guerra. Severo calmó la sedicion, pero no tuvo fuerza para castigar á su hijo. Los vicios de este príncipe rebelde envenenaron los últimos momentos del anciano emperador. *He sido todo, decía, y he visto que todo me sirve de nada.* Habiendo pedido despues la urna preparada para recibir sus cenizas, añadió: *Encerrarás al que ha creído que la tierra era demasiado pequeña.* Hizo leer delante de sus dos hijos el discurso que Salustio pone en boca de Micipsa, y pronunció estas tristes palabras: *He recibido el imperio lleno de revoluciones, lo dejo pacificado hasta en la Bretaña; viejo y sin movimiento, dejo á mis Antoninos un imperio estable; si son buenos, débil si son malos. ¡Trabajemos!* Esta fue su última palabra.

§ II. Desde la muerte de Séptimio Severo hasta el advenimiento de Alejandro Severo (211-222).

Caracalla y Geta (211-212). Severo dejaba el imperio á sus dos hijos Caracalla y Geta. Decíase del primero que tenia la crueldad y la grosería de los Africanos, la astucia de los Sirios, la ligereza, irresolucion y jactancia de los Galos. Por el contrario, Geta era benigno, afable y compasivo. Dos caracteres tan opuestos no podian avenirse. En vano su padre se habia esforzado para hacerles simpatizar dándoles los mismos maestros, las mismas dignidades y muchas veces las mismas recompensas; siempre se aborrecieron con un odio implacable. Severo decía: *El mas fuerte de los dos matará al otro, y despues sus propios vicios le perderán.* Esta terrible profecía se cumplió al pié de la letra.

Apenas estos dos príncipes fueron revestidos del mando soberano, su enemistad estalló públicamente. Yendo de las Galias á Roma, durante todo el tránsito, no vivieron juntos,

ni comieron nunca bajo el mismo techo; y afectaron tener guardia, tropas y casas separadas. Habiendo llegado á Roma, se repartieron el palacio imperial, cada uno fortificó una parte de él, y en todos sus encuentros se prodigaban las mas groseras injurias. Su intencion era repartirse tambien el imperio. Su madre Julia creyó acertar tratando de reconciliarles, y con este objeto les llamó á su habitacion; pero Caracalla no se presentó sino para asesinar á su hermano entre los mismos brazos de su madre (212). En seguida fué á echarse á los piés de los pretorianos, excusando su maldad por las asechanzas que Geta le habia armado, segun decia. Los pretorianos, que entonces tenian interés en creerle, parecieron convencidos é hicieron el apoteosis de Geta. *Que sea dios* (divus), dijo Caracalla, *con tal que no viva* (vividus), y consagró al dios Serapis el puñal con que le habia asesinado.

Locuras y crueldades de Caracalla (212-217). Los remordimientos turbaron la conciencia del fratricida, y para calmarlos hubiera querido que Papinio hiciese su apología. *Es mas fácil*, respondió el célebre jurisconsulto, *cometer un crimen que justificarle*; pero pagó con su vida estas bellas palabras. Desde entonces corrió la sangre á torrentes en Roma. El mónstruo, segun la opinion de su padre, enriqueció al ejército, y no se inquietó ni de los murmullos del senado ni de las quejas del pueblo.

Habiendo pasado la Confederacion de los Alamanes el límite reno-danubiano (214), Caracalla fué á la frontera y marchó contra los Bárbaros. Los arqueros osroenses, que formaban parte de sus tropas auxiliares, tuvieron todo el honor de la campaña; los Alamanes no pudieron resistir á las flechas agudas que arrojaban con una destreza admirable. Desde las orillas del Rin Caracalla se trasladó á las del Danubio, en donde venció á las Marcomanos, decapitó al rey de los Quados y combatió contra los Getas. Sus biógrafos alaban mucho el valor que desplegó en estas expediciones. Se le veia rara vez, dice Herodiano, á caballo ó en coche; su placer consistía en ir á pié, llevando sus armas y tomando aun algunas veces las banderas militares que, largas y carga

das con adornos de bronce, cansaban á los mas robustos. Sus inclinaciones eran mas bien de un bárbaro que de un Romano. Se vestia á la manera de los Germanos, se ejercitaba como ellos en la caza, en la lucha, en la carrera, y muchas veces se ponía una peluca roja para asemejarles mejor.

Pero todas estas farfantonerías no eran sino un capricho mas en aquella alma caprichosa y móvil. Cuando pacificó el Occidente, pasó al Oriente, y no volvió á verse en él mas que crueidad y relajacion; su gran designio era aficionarse este país, manifestándose admirador apasionado de su gloria y derramando en su seno todas las riquezas del imperio. Así es que el Asia y el Africa fueron el objeto de todos sus favores. Manifestaba su admiracion por Alejandro en Macedonia, parecia idólatra de Aquiles entre los Griegos, y pronunciaba el nombre de Anibal con respeto, mientras que despreciaba á los héroes romanos. Libertos, cómicos y farsantes le acompañaban á todas partes, y hablaba de casarse con la hija del rey de los Partos.

Deseoso de gloria militar, atacó la Armenia y la Osroena, aunque estaban en paz con Roma, entró en el territorio de los Partos á quienes queria anteriormente tener por aliados, y pidió al senado como premio de todas sus hazañas los apellidos de *Gético*, *Pártico* y *Gérmánico*. Se los concedieron, pero casi al mismo tiempo un adivino africano le anunció que el prefecto del pretorio, Opilio Macrino, seria su sucesor. Este, para evitar la muerte que le amenazaba, encargó á un soldado matase al mismo Caracalla en el momento en que entraba en el templo del dios Luno, cerca de Carrhes en Mesopotamia (217). El asesino logró su intento y se cumplió la profecía. Julia no tuvo fuerza para sobrevivir á su hijo, y se dejó morir de hambre.

Reinado de Macrino (216-218). El imperio estuvo vacante durante tres dias. Los patricios lo ofrecieron en seguida á Macrino que tambien era Africano. Dícese que nació en la Mauritania, y habia frecuentado los tribunales, como Severo, antes de vivir en los campos. El senado no pensó al pronto mas que en aplaudir la muerte de Caracalla, sin inquietarse

demasiado del mérito de su sucesor. *Que gobierne cualquiera*, decía uno de los senadores, *antes que el infame, el parricida, el asesino de la república*. Macrino recibió felicitaciones del senado; pero apenas se vió en posesion del poder, se encontró sin saber qué hacer. No sabiendo si debía seguir el partido del senado ó el del ejército, titubeó sin cesar y se perdió en perplejidades. Los senadores despreciaron su debilidad, y los soldados, despues de haberle obligado á erigir altares á Caracalla á quien habia asesinado, le quitaron el poder con tanta facilidad como se lo habian dado.

La familia de Severo fue la que promovió esta nueva revolución. De esta familia quedaban todavía Mœsa, hermana de Julia, y la tia de Severo, y Julia Schemias y Julia Mammœa, hijas de Mœsa. Cada una de estas dos tenia un hijo: el de Schemias se llamaba Vario Avito Basiano, y le habian hecho sacerdote del dios Eliogábalo; el de Mammœa llevaba el nombre de Alejo Basiano, y se llamó despues Alejandro Severo. Todos vivian en Emeso. Su antigua grandeza y cierta dignidad, que casi siempre va unida á la desgracia, atrajeron al derredor suyo una infinidad de extranjeros. Los soldados de Fenicia tenian un placer en asistir á las solemnidades del culto celebrado por el jóven Basiano en honor de Eliogábalo. Admiraban su modo de andar imponente y grave, la hermosura de sus facciones y la nobleza de su porte. Mœsa acabó por seducirles con su oro y sus lalagos, y un dia proclamaron emperador al sacerdote del sol (213). Macrino, que estaba en Antioquia, acudió para combatir á su rival y fue vencido. Huyó disfrazado de correo imperial, pero fue conocido y muerto. Solo reino catorce meses.

Reinado de Eliogábalo (218-222). Eliogábalo ejerció el poder soberano á la manera de los Orientales. Sin esperar los órdenes del senado, él mismo tomó el título de Augusto, se arrogó el poder tribunicio, y se rodeó de una multitud de servidores y esclavos para hacer mas imponente su despotismo. Lleno de desden por el Occidente, hubiera querido no abandonar jamás los deleites del Asia, y estuvo año y medio en Nicomedia y Antioquia, sin ocuparse de Roma. Instado

Mœsa, se decidió no obstante á ir á la capital del mundo, pereñizo su viaje con todo el lujo y pompa oriental.

Roma se admiró mucho cuando vió á este jóven sacerdote del sol, con la circunferencia de los ojos pintada, las mejillas cubiertas de afeite, la tiara en la cabeza, con collar y brazaletes, túnica de tela de oro, vestido de seda á la manera fenicia y sandalias adornadas con piedras preciosas. Pero debió admirarse mucho mas cuando fue testigo de las prodigalidades, locuras y desórdenes del nuevo tirano. Sin respetar la decencia, hizo colocar á su madre en el rango de los senadores, y quiso que en las asambleas tuviese derecho de votar como ellos. Instituyó bajo su presidencia un senado de mugeres para que ordenasen el traje de los Romanos, las visitas y precedencias. Su dios Eliogábalo fue declarado superior á Jupiter y á todas las divinidades de la antigua Roma, y le construyó un templo en el monte Palatino. No le ofrecia sacrificios sino de víctimas escogidas, aromas preciosos y vinos exquisitos.

Su palacio era sin embargo mas rico que el templo de su dios. Sus habitaciones estaban colgadas con telas de oro. Su carro triunfal estaba cubierto de oro y piedras preciosas: desde su palacio hasta el sitio en que subia á él, no pisaba sino sobre polvo de oro; solo bebia en vasos de oro enriquecidos con piedras preciosas, y despues del festin distribuia á los convidados todas las copas de que se habia servido. La glotoneria de Vitelio era nada en comparacion de la prodigalidad de Eliogábalo, pues son incalculables los gastos que hacia para sus comidas. Mœsa y Mammœa comprendian bien el peligro de estos excesos, y hubieran querido que el emperador respetase mas las costumbres de los Romanos. Mœsa, inquieta acerca del porvenir, tuvo la destreza de hacer adoptar por Eliogábalo á Alejo, su nieto, que anunciaba las mas felices disposiciones.

Esto fue abrir un camino á la rebelion. Roma se apasionó del jóven César, y cuando Eliogábalo pareció tener celos de su popularidad, Mœsa invitó á los pretorianos para que se deshiciesen de aquel mónstruo que deshonoraba al imperio.

El sacerdote del sol, dice Chateaubriand, habia preparado á todo evento, para suicidarse, cordones de seda, un puñal de oro, venenos encerrados en vasos de cristal y de pórfiro, un patio interior cubierto de piedras preciosas al que contaba precipitarse desde lo alto de una torre. Estos recursos le faltaron; vivió en lugares infames y fue muerto en unas letrinas con su madre. Le cortaron la cabeza y arrastraron su cadáver hasta un sumidero, al que no le pudieron arrojar porque la abertura era demasiado estrecha, lo cual le valió los honores del Tíber y el apellido equívoco de *Tiberino*.

§ III. Reinado de Alejandro Severo (222-235).

Gobierno de Alejandro Severo. Alejandro Severo no contaba mas que catorce años cuando los pretorianos le proclamaron emperador, pero tuvo por regenta á su madre Mammœa, princesa muy virtuosa, y que tal vez fue cristiana. Segun sus consejos, purgó la ciudad y el palacio de todos los hombres corrompidos que las locuras impuras de Eliogábalo habian reunido en él; suprimió todos los empleos inútiles que este príncipe habia creado, devolvió al senado todas sus grandes prerogativas, y trabajó en restablecer la disciplina en los ejércitos. Simple, frugal y modesto, practicó todas las virtudes opuestas á los vergonzosos crímenes del sacerdote del sol, y reparó de este modo todos los males que habia hecho al imperio. Su reinado fue la época mas brillante de la administracion romana, y gracias á las luces de los Ulpianos, de los Pablos, de los Hermógenes y de una multitud de jurisconsultos célebres, publicó leyes llenas de sabiduría.

Su celo tuvo principalmente por objeto reprimir todos los cohechos de que se habian hecho culpables los magistrados en las provincias. Solo concedia los empleos al mérito, y no permitia que fuesen venales. *Es necesario, decia, que el que compre venda; yo no consentiré los comerciantes de empleos: á otro modo no podria castigar á los ladrones.* Para asegurar la eleccion de los gobernadores, publicaba de antemano los nombres de los que habia de elevar á este dignidad, y rogaba

á todo ciudadano hiciese sus reclamaciones y diese sus consejos, si lo juzgaba conveniente. La máxima que repetia sin cesar es un axioma de moral cristiana: *No hagais á otro lo que no quisiérais que os hiciesen á vosotros mismos.*

Su virtud debia crearle enemigos. Los pretorianos se cansaron de obedecer á un príncipe que no hablaba sino de reformas, y que les habia retirado todas las liberalidades que les enriquecian en tiempo de los demas emperadores. Se sublevaron, y durante tres dias inundaron á Roma de sangre. No atreviéndose á atacar á Severo, se arrojaron sobre Ulpiano, su principal consejero, y le asesinaron á la vista del jóven monarca y de su madre. Todos los ministros afectos al príncipe corrieron el mismo peligro. El historiador Dion Casio no se libró á su furor sino ocultándose en sus haciendas en Campania.

Expedicion á Oriente contra los Persas. Al mismo tiempo estallaron algunas insurrecciones parciales en el seno de las legiones, pero en todas partes se restableció pronto el órden. Severo pudo ponerse en camino para Oriente, adonde acababan de tener lugar graves acontecimientos. Los Partos, establecidos hacia quinientos años como casta soberana en las poblaciones del Tigris y del Eufrates, habian sido derrotados de improviso por las antiguas tribus pérsicas. Un aventurero persa, Ardschir ó Artaxar, hijo de Sabec y nieto de Sasan, enarboló el estandarte de Ciro, y tomó el título de rey de los reyes. Los magos del imperio se reunieron bajo sus órdenes para arreglar el culto del fuego y destruir las divisiones que se habian levantado entre ellos con respecto á las interpretaciones del Zendavesta. Restablecida de este modo la unidad de símbolo, Artaxar recorrió todas las provincias de Persia á la cabeza de un poderoso ejército, obligó á todos los gefes de tribus á rendirle homenaje, é hizo reinar la misma ley sobre todos los paises que se extendian entre el Eufrates, el Tigris, el Araxo, el Oxo, el Indus, el mar Caspio y el golfo Pérsico.

No contento Artaxar con haber destruido el reino de los Partos, quiso extender su dominacion sobre todos los paises

que habian obedecido á *Ciro*, de quien se titulaba sucesor. Escribió pues al emperador romano esta arrogante carta : *El rey de los reyes ordena á los Romanos y á su gefe que evacuen la Siria y el Asia Menor, y que restituyan á los Persas los paisés que se hallan de la parte acá del mar Egeo y del Ponto, poseidos por sus abuelos.* Severo no podia responder mejor á este mensaje insolente que con un ataque vivo y pronto. Entró pues en la Mesopotamia é hizo huir al rey de los Persas. Esta victoria fue tan decisiva, que Artaxar no se atrevió ya á presentarse de nuevo en la frontera romana durante su reinado. Alejandro hubiera llevado mas lejos sus triunfos, si una revolucion en Germania no le hubiese obligado á salir de Oriente con sus tropas.

Expedicion en Germania. Muerte de Severo (235). Volvió rápidamente á Roma, y tan solo permaneció allí el tiempo necesario para la celebracion de su triunfo. Quería conceder este honor á sus soldados, vencedores de los Partos, para obligarles á hacer bien su deber contra los Bárbaros. Cuando salió de Roma, el senado le acompañó hasta fuera de las puertas de la ciudad, colmándole de votos y bendiciones. En todas partes se decia : *Roma vive, puesto que Alejandro vive todavía*, y derramaban abundantes lágrimas. Se hubiera dicho que los Romanos presentian la pérdida que iban á experimentar.

Este gran príncipe no era conocido en las Gálias sino por su severidad. Sus enemigos le representaban como el hombre del Oriente, y cuando se le vió llegar con las tropas que habian vencido á los Persas, se creyó que despreciaba las legiones del Occidente. Si reformaba los abusos, acusaban su prudencia de inexperiencia, su celo de crueldad, y acriminaban sus mejores acciones por las intenciones que le suponian. Los soldados murmuraban principalmente contra este emperador que les repetia constantemente máximas de moral, y queria hacer florecer de nuevo la antigua disciplina.

Un bárbaro que de pastor habia llegado á ser soldado, el feroz Maximino, y á quien Severo habia confiado el mando en gefe de los reclutas destinados á los ejércitos de la Gália

y de la Panonia, se puso á la cabeza de los descontentos, y resolvió la muerte de su bienhechor. Habiéndose dormido un dia Alejandro en su tienda de campaña despues de comer, los confidentes de Maximino, un tribuno, muchos centuriones y un tropel de soldados se introdujeron poco á poco en derredor del pretorio, le cercaron de repente, degollaron á los centinelas, asesinaron á los dos prefectos que querian detenerlos en la puerta, agarrotaron á Mammcea que velaba cerca de su hijo, y atravesaron con sus armas á Alejandro, que despertó sobresaltado, llamándole *niño* y tratando á su madre de *vieja*. Este crimen fue cometido en el pueblo de Sicilia, cerca de Maguncia.